

EL CÁLCULO DE LA FELICIDAD

Juan Verde Asorey

Es propio del ser humano ser capaz de planificar objetivos y de establecer el método para alcanzarlos, así como de aprender a calcular los probables resultados de su aplicación. Ya dijo Platón que ‘*ánzropos*’ (hombre) significa adelantarse a sí mismo con la mirada y calcular las expectativas mientras avanza. La ciencia que debe encargarse de este cálculo es la Eticología, entendida como prólogo (valores), epílogo (juicio de valor) y orientación (normas) de toda acción humana.

El ser humano tiene dos dimensiones básicas: la individual y la social. De la felicidad *general y compartida* (colaborada, social, contada) se ocupa directamente la Eticología, diseñando las condiciones comunes para el desarrollo general de una vida *aceptable*, las cuales deben servir de garantía para que cada persona pueda desplegar las diferencias compatibles con lo que se proponga alcanzar en el ámbito de lo público. De la felicidad *solitaria* se ocupa cada moral

particular. Corresponde a la Eticología determinar cuándo lo particular es compatible con lo público, es decir, cuándo ambos aspectos se desenvuelven dentro de unas relaciones armoniosas.

Realmente la Eticología es una Teoría General de la Felicidad. Se dice *general* en dos sentidos, en cuanto tiene en cuenta toda la probable vida del individuo, y en cuanto éste debe también considerar todas las vidas en las que pueda influir mediante sus decisiones. Así se va luchando por lo que Aristóteles denomina ‘*eudaimonía*’, entendida como espíritu tranquilo, equilibrado, razonablemente satisfecho. Este bienestar depende también de cada moral particular, de cada situación económica, de la salud, de la formación intelectual, de las relaciones sociales, del carácter (humor) y de las expectativas. En cualquier caso, la felicidad general, como cualquier bien común, se construye entre todos, pero se disfruta por cada uno.

La lógica de la Ética

Que la Ética es una teoría de la felicidad ya se ha dicho desde antiguo. Si aprendemos a construir juicios lógicos utilizando conceptos ‘valiosos’ (*valores*), podemos introducirnos en la lógica de la Ética.

La Ética se conforma mediante la triada compuesta por *valores*, *principios* y *normas*.

El valor es un concepto determinado por su condición de placentero, agradable, gozoso, interesante, conveniente, necesario, apetecible (*bueno*).

El contravalor, en cambio, se define por su cualidad de doloroso, desagradable, perjudicial, despreciable (*malo*).

Los principios son enunciados que pretenden indicarnos de dónde procede lo bueno o cuál parece ser el camino adecuado para conseguirlo y difundirlo socialmente.

Las normas son las propuestas, mandatos u orientaciones que se formulan a partir de las conclusiones de los razonamientos éticos.

El placer resultante de una experiencia agradable puede convertirse en valor individual o personal. Si tiene éxito, de forma que llegue a ser apreciado por un determinado grupo social, puede convertirse en valor moral; y si se supone, razonablemente, que puede interesar a la mayoría de los seres humanos, entonces deviene valor ético.

Pero los placeres pueden provenir de infinitas experiencias diferentes. Supongamos, por ejemplo, que observamos ciertos comportamientos de relaciones humanas en las que se manifiestan actitudes de satisfacción y de disfrute, tales como la ayuda espontánea, el diálogo sereno, la conversación animada, el humor compartido, muestras de afecto, etc. Pues bien, a esa clase de relación la podemos llamar a amistad.

A partir de este concepto, podemos construir proposiciones tales como que ‘la amistad es divertida’, ‘la amistad es necesaria’ o ‘la amistad exige reciprocidad’.

Si uno sabe, por propia experiencia, que la amistad es divertida, y, por otra parte, alguien informa de que también es divertida la lectura de ciertas novelas, entonces existe un motivo común (diversión) para pensar que sería placentero experimentar también con esa nueva actividad e intentar buscarla. Si A implica placer para X, y B produce placer para Y, entonces X debe buscar B, y B debe intentarlo con A. Pero la cadena puede ser infinita, a medida que se vaya descubriendo

que otras muchas actividades participan también de la diversión, la cual se puede ir convirtiendo en ‘motivo’ de agradable impulso hacia aquel conjunto de modos de vivir que cada uno se va proponiendo dentro de la Teoría General de la Felicidad. No se debe olvidar, sin embargo, que para conseguir avanzar en el camino de la felicidad, no basta con saber manejar argumentos placenteros, también es necesario aprender a remover los obstáculos que se interponen en el mismo, como es expone después, de un modo más intuitivo, en *La fórmula de la felicidad*.

La felicidad real

Hablar con cierto sentido de la felicidad es razonablemente fácil. Ir siendo ocasionalmente feliz, es decir, ser capaz de lograr un número aceptable (?) de momentos agradables en cada día y en la vida no es totalmente raro, a pesar del empeño contrario de un número nada despreciable de seres humanos. De hecho, los españoles actuales (2010) declaran que viven felices un promedio de 58 años de su vida. Según varios estudios, España se encuentra entre los quince primeros países más felices del mundo. Se partió de criterios personales variados, pero más que el poseer, tener, figurar, etc. (riqueza y honores de que ya hablaba Aristóteles), sobresalen las relaciones humanas (familia, amigos, trabajo), conversación, gastronomía, paseos, lectura, libertad. Resulta curioso, sin embargo, que países como México, Filipinas o Rumanía estén por delante de USA, Bélgica o Francia... en su sentimiento de felicidad. Hay quien opina que la gente se declara feliz por vergüenza, porque parte del supuesto de que cada uno es ‘culpable’ de su infelicidad.

A pesar de esto, casi todos los filósofos actuales ‘serios’ piensan que hablar de la felicidad sólo sirve para distraernos de la ‘verdadera’ realidad, porque suponen que se trata de una cierta clase de fantasmagoría que ronda los límites de la ingenuidad y la ilusión, si no de la idiotez. Sería algo así como el que sueña con otra vida después de la muerte, o que una vela a San Pancracio puede influir en que le troque la lotería. La palabra que mejor expresa esta ilusión quizás sea utopía (utilizada en sentido peyorativo). Sin embargo, Platón definió la felicidad como algo muy concreto y asequible: «*una vida virtuosa y sabia*». Para Aristóteles la ‘*eudaimonía*’ (espíritu alegre, sereno y armonioso) es, en definitiva, la ‘*sofía*’, y la aspiración a la felicidad es la ‘*filosofía*’, porque la felicidad para el hombre consiste precisamente en que *puede* serlo, en ser «camino siempre camino», o «aspiración siempre aspiración».

El profesor Isidoro Reguera, por ejemplo, expuso en su conferencia de estas mismas Jornadas que todas las palabras grandilocuentes (‘consagradas’) huelen mal (‘como hongos podridos’). Se preguntó si se dice algo cuando hablamos de felicidad. Añadiendo a continuación que la tarea filosófica es el paseo por los diversos usos del lenguaje, adelantando que la felicidad (o lo que sea) se ha fundamentado históricamente en la autorrealización y la autosuficiencia, como expresión del instinto de supervivencia. Citó a los escépticos como prototipos de los más sabios. A los cínicos (Antístenes: «Basta la virtud para ser feliz»). A Aristipo como defensor de que la sensación individual es el criterio del bien y, por tanto, la felicidad particular será el criterio de moralidad. Y a Epicuro como comedido calculador de los placeres ‘sensibles’.

Se refirió después a la relación entre consciencia y felicidad. Y afirmó, si no recuerdo mal, que cuando el niño se da cuenta de las cosas, comienzan los problemas. Sin embargo, también dijo que el análisis filosófico es más terapéutico que el psicoanalítico, ya que sólo la consciencia nos puede liberar de las ‘supersticiones’.

Finalmente el Sr. Reguera afirma que lo razonable es la *melancolía* (una especie de locura genial, no vulgar), la cual no excluye la ironía ni el buen humor, sino que los exige, y es incompatible con engancharse a la ‘rueda infernal del deseo’ (Schopenhauer), o con someterse a la dialéctica ingenua de hipostasiar palabras que sólo sirven como objeto de admiración, de estancamiento de la vida o de discusión.

Por otra parte, el profesor Jesús González hizo un retrato todavía más complicado sobre la conveniencia e incluso sobre la posibilidad de hablar en serio de la felicidad. El lenguaje es toda la realidad, pero la ha vaciado de contenido. La escritura es el olvido (Platón), se ha trasladado la memoria al ‘papel’. El lenguaje se reduce a una especie de utensilio hacedor de la realidad, como decodificador o como silencio (lo marginal, lo no dicho). El 90% del lenguaje ya no dice nada. Expone después de una forma sugestiva y bella cómo la filosofía actual presenta al cuerpo humano como un devorador insaciable, pero domesticado a través de las leyes e ilusiones como el ecologismo, etc. La educación (información) ético-política y científica no hace más felices a las personas, porque «el banquete de la racionalidad no satisface a los comensales», como no lo consigue la ilusión del progreso indefinido. El lenguaje científico-técnico, por su parte, sólo sugiere caminar hacia lo irracional, lo religioso, lo innombrable.

Pero yo soy partidario de utilizar un lenguaje más definible, más de andar por casa, quizás en la línea de la tradición filosófica clásica. Del punto de referencia de la etimología surgen infinitas derivaciones, pero no debe ir cada una por su lado, sino que deben conformar una especie de sinfonía con instrumentos de una misma clase (viento, cuerda, etc.), combinables con otros para generar la sinfonía universal del lenguaje, evitando el proceso metafórico excesivamente disperso.

No me gusta la 'lejanía' por ella misma. Quizás convenga alejarse para alcanzar perspectiva, pero hay que volver a tocar y analizar el objeto que 'produce la sombra'. Es necesario mantener el lazo de unión con lo originario, para no perderse del todo. Sin asideros no podemos caminar con un mínimo de sentido, de seguridad. La felicidad no consiste en huir, sino en saber hacer, estar, coexistir y convivir. Tampoco depende principalmente del silencio (a no ser que se desprecie la palabra, el lenguaje), sino del cuento (relato) 'bien' contado.

En cualquier caso, yo pienso que la ausencia de problemas no es sinónimo de felicidad, sino más bien la convicción de ser capaces de solucionarlos. La consciencia es, siempre, condición indispensable de la felicidad. Cuando soñamos que hemos estado a punto de ser devorados por un monstruo, nos alegramos (felicidad) al despertar (consciencia) de que no ha sido verdad. Pero lamentamos (infelicidad) comprobar al despertar (consciencia) que no nos ha tocado la lotería, a pesar de haber soñado que era verdad. La consciencia, por consiguiente, es condición imprescindible de cualquier *sentimiento razonable*, incluido el de la felicidad, por eso no es propio del niño, ni del animal, ni de la planta, ni de la roca, y menos del inconsciente profundo.

Qué se entiende por felicidad

Para aproximarnos al concepto de felicidad hay que recorrer tres etapas, la primera se refiere a la lucha contra la estupidez, la segunda consiste en combatir el dolor (enfermedad, tristeza, angustia, pena) y con la tercera se pretende buscar una definición aproximada la actividad felicitaría.

Nadie puede construir ninguna teoría éticológica seria, sin tener a toda la humanidad en su cabeza. Porque, como ya se ha dicho antes, el bien se fundamenta en lo general, aunque el disfrute de la felicidad sea particular. Los valores los construimos entre todos, pero los disfruta cada uno individualmente, incluso cuando se ayuda o se intercambia. Pero ¿cuál debe ser la relación entre lo universal y el individuo?

El universo topográfico humano es la Tierra. Este universo está claramente definido. No es ideal. No se trata de una concepción 'utópica', sino de un 'tópos' (lugar) perfectamente observable. Aquí habitan hoy (2010) unos siete mil millones de seres humanos, casi todos con capacidad para amar u odiar, para reír y llorar, para traficar con armas o para luchar por las solidaridad universal. Se trata ahora de saber elegir entre los elementos de estas conjunciones. Pero no sería posible hacerlo desde la pura individualidad, ni tampoco desde el supuesto 'designio' de la suerte, el destino o la correspondiente divinidad. Unos necesitan de otros y todos quieren saber qué hacer para disfrutar de la vida, compartiendo el hecho consciente de coexistir, y eliminando la ruda competitividad. Ya Aristóteles explicó muy bien cómo el hombre es un animal social, pero no fue capaz de pensar que podía ser igualitario, porque resultaba evidente que el esclavo no podía ser virtuoso. Para los griegos

era imposible diferenciar entre el mejor y lo mejor. Para ellos, la virtud (*'areté'*) era cualidad del mejor (*'áristos'*, el más valiente, el héroe). Pero en la nueva Eticología, lo virtuoso corresponde a lo mejor (*'áriston'*, que al ser neutro no corresponde a nadie en concreto). Allí, el mejor era el que ganaba en el combate. Aquí, lo mejor es evitar el combate mismo. El mejor es selectivo y competitivo (excluye o elimina a otros). En cambio, lo mejor es aglutinante, es para todos (siguiendo en esto a J.S. Mill y al utilitarismo ético). Como es fácil comprobar, normalmente el mejor poco o nada tiene que ver con lo mejor. El primero es básicamente egoísta. Lo segundo es radicalmente social e igualitario: se piensa en todo el mundo. El uno es *'majetés'* (luchador, competitivo); lo otro es *'pazetón'* (compasión, colaboración). La diferencia radica en regirse por valores morales (particulares) o por valores éticos (universales).

Si por el mejor se entiende el que gana (batalla, concurso, deporte...), entonces nunca será 'bueno' en general, estará muy lejos de lo mejor, porque implica rebajar o derrotar a otros. Desde el punto de vista ético, lo mejor siempre será lo que favorezca a todos (casi) y no perjudica a nadie (casi). Para sí mismo, para su familia, sus amigos, su grupo o su país, el mejor quizás puede representar lo mejor, pero no para la humanidad entera (todos a quienes puedan afectar los hechos). Por eso es tan difícil que el mejor represente lo mejor para toda la humanidad, aunque parcialmente sea visto así, porque se suponga que lo natural es querer ganar, sin importar la derrota del otro o aceptándola como mal inevitable de la regla del juego, sin someter a juicio de valor la regla misma. Se trata de un razonamiento falaz por parcial, ya que, para todos, es mejor

evitar el combate que ganar, aunque sólo sea por egoísmo, porque siempre cabe la posibilidad de que pueda ganar cualquiera, y por tanto también se expone uno a ser derrotado o a morir, en su caso. Lo razonable es solucionar las diferencias mediante el diálogo, no a través del ridículo, la humillación o el combate, ya que esto no las soluciona, las aumenta. Es la misma filosofía de la ley y la libertad, donde se demuestra que las normas más que quitar libertad la garantizan, ya que impiden que ‘otros’ abusen impunemente de uno, aunque eviten también que ‘uno’ pueda abusar de otros.

Por consiguiente, los valores humanos sólo se pueden construir y formular entre todos, pero solamente serán útiles si es posible que los disfrute cada uno. Y esto es precisamente lo que le sucede a la felicidad, entendida como resultado de un razonable grado de disfrute de todos ellos, considerados en conjunto, por eso es ilógico contraponer felicidad a libertad, o a cualquier otro valor.

Pero el estúpido no será jamás capaz de situarse en un mínimo de serenidad consciente, necesaria, como condición, para el acceso a dicho disfrute. Se mueve por valores primarios (instintivos, no pensados). No le importa hacer daño, aunque no saque provecho de ello. No suele percatarse del sentido del lenguaje, por eso sus palabras semejan dardos o escudos. Se instala en la discusión permanente, y siempre está dispuesto a la bravuconada como incitación a la violencia. No importaría demasiado si su número fuera pequeño, pero ya se dijo, desde antiguo, que ‘el número de tontos es infinito’ (*stultorum infinitus est numerus*). Y, por desgracia, apenas se ha conseguido que disminuya. Sólo unos cuantos ‘listos’ los saben utilizar, y los sabios siguen fracasando en la tarea de conseguir que estos

especímenes avancen en el hecho de ser ‘buenas’ personas. Sin embargo, la humanidad ha progresado razonablemente bien en el asunto relacionado con el dolor y la salud. Porque los científicos y técnicos pueden tener éxito al margen de la ‘sabiduría’. Sabio es el que ha logrado ‘asimilar’ los valores humanos, dándose cuenta de que compartir es mejor ‘negocio’ que poseer, ya que es preferible tener cien amigos con casa, que cien casas para invitar a muchos amigos sin ella. Supuesto, por otra parte, extraño, porque, como decía Cicerón, la amistad es más fácil entre iguales.

Por eso hay pocos dueños de cien casas que tangan amigos sin ninguna.

La vida es el motor del ser. La felicidad es el motor de la existencia humana. Pero el ser humano no puede progresar hacia la felicidad desde la ignorancia. Está condenado a pensar y a ser libre (Sartre). Tiene que decidir. Y, para decidir lo mejor posible, hay que saber.

Después de lo dicho, ya podemos introducirnos en una pequeña reflexión etimológica acerca de la palabra felicidad. Con ella se hace referencia a dos clases de actividades, una de carácter negativo (evitar el sufrimiento) y otra de tipo positivo (búsqueda del placer). Tradicionalmente se ha creído que los ‘humores’ (líquidos del organismo: sangre, bilis negra, bilis amarilla, flema) eran los responsables de la salud y del carácter. Por eso se han relacionado las enfermedades con la corrupción de algunos de ellos. Del mismo modo, se asoció el ‘mal genio’ con una inadecuada producción de bilis por las células del hígado. Esta relación es lógica si se tiene en cuenta el sabor amargo de dicho líquido (la misma palabra ‘amargura’ proviene de su relación con el color ‘amarillo’ de ese ‘humor’). Pues bien, una de las formas latinas de decir ‘bilis’ es ‘*fel*’, equivalente

al griego 'jolé' (hiel, cólera, amargura); ambas provienen del indoeuropeo 'ghel-' (bilis, hiel) y se relacionan con términos castellanos tan comunes como 'felino', 'colérico' (ambos dominados por la hiel) o 'melancolía' (estado de ánimo de quien se siente invadido por la bilis negra). Según lo dicho, es razonable considerar que para ser feliz es necesario superar las enfermedades y muy conveniente corregir el mal 'humor', es decir, eliminar la 'hiel' procedente o generadora de cualquier clase de padecimiento. Pero, una vez superado el dolor, estamos en condiciones de buscar el placer, y la felicidad se desarrolla más propiamente con el goce la actividad 'creativa'. De hecho, la palabra latina 'fēlix' (feliz, dichoso, rico, hábil) está relacionada con el alimento, la fecundidad y la fertilidad; actividades todas ellas normalmente muy agradables. Términos como feto, felatio, fecundo, fēmina, heno o hijo derivan todos del indoeuropeo 'dhe(i)-' (chupar, amamantar, alimentar). No por casualidad el griego 'zēlys' significa pezón. Esto nos recuerda los primeros momentos de existencia de los seres vivos, cuando mantienen una íntima unión con sus progenitores (útero-regazo) y con la alimentación (amamantamiento), careciendo de la sensación de individualidad al sentirse fundidos con su medio, tanto en el ser como en el actuar. Esta imagen de fusión entre la oruga y la hoja, el bebé y el pecho, entre dos amantes en clímax, etc. es la mejor expresión del máximo grado momentáneo de felicidad fisiológica, porque el deseo (en el grado que sea) se colma en esa especie de fascinante sensación extático-encantada. En cambio, la imagen del placer largo corresponde a la inconsciente sonrisa del pensador (investigador) que se percata de que va por el camino adecuado para dar con el resultado por el que lucha ilusionada y

metódicamente a lo largo del tiempo que sea necesario. Esta segunda clase de placer, como creatividad siempre inconclusa, nunca llega a colmarse del todo, ya que todo final es, a su vez, principio del siguiente tramo del viaje, en un maravilloso y excitante eterno retorno; por eso hablamos de un placer infinito (indefinido, sin límites). El primero es fantástico por la intensidad; el segundo es sorprendente por su ilimitada versatilidad y su incalculable duración.

Pero la felicidad no es un simple concepto, sino una teoría. Toda teoría se compone de conceptos, estructurados mediante principios, leyes y objetivos (valores). Es la forma de construir una teoría clara y coherente, para aprender a derivar comportamientos que conduzcan hacia un determinado ideal (nunca fijo) de felicidad, es decir, del máximo y mejor disfrute posible del diario discurrir vital, el cual se va modificando a medida que se va experimentando, según se vayan cambiando las infinitas variables vitales, como corresponde a cualquier planteamiento utópico, es decir, nunca realizado del todo, pero siempre posible. La utopía no es sólo futuro, puede ser ya en parte presente, pero aún no nos gusta del todo. Por eso, todo 'deseo' es utopía. Utópico significa que 'no tiene lugar', *todavía*. Cualquier objetivo 'utópico' *ahora* puede ser es realizable *después*. Puede servir de ejemplo la eliminación de la esclavitud en la Roma de Espartaco, pero, una vez que se ha logrado sobre el papel, quizás habrá que seguir luchando por la utopía de otra clase de libertad. Por eso la libertad es indefinidamente utópica, porque nunca llegará a realizarse de la mejor manera pensable por alguien que sepa hacerlo. De ahí que haya afirmado el escritor Eduardo Galeano: «La utopía sirve para caminar».

La felicidad, por consiguiente, consiste en saber eliminar situaciones dolorosas o desagradables y en ser capaces de construir situaciones ‘buenas’. Por eso es imprescindible para este objetivo desarrollar una teoría ética unitaria y coherente. Dicho de otro modo, ser feliz consiste en saber hacer que en el proceso de desarrollo de la vida se consiga superar lo desagradable y alcanzar lo agradable de una forma razonablemente continuada y aceptablemente satisfactoria.

La felicidad contada

Quien renuncia o menosprecia ‘contar’ a alguien su felicidad, o su teoría acerca de cómo alcanzarla, es que tiene una opinión despectiva o bastante negativa del otro. Va en la línea de la sentencia lockiana: ‘mi libertad *termina* donde empieza la del otro», en vez de apostar por esta otra: ‘mi libertad *aumenta* cuando se junta con la del otro’. Quien infla o sobrevalora al individuo, frente a la persona o al ciudadano, ignora la constatación de Aristóteles: ‘*tsóon politikón ánzropos*» (el hombre es un animal cívico). No se puede pensar, de salida, que cualquiera está dispuesto a ser, muy probablemente, un potencial enemigo, en vez de suponer que cualquiera puede llegar a ser un posible colaborador e incluso amigo. Los *ingenuos* y utópicos que enseñamos estas cosas a nuestros alumnos, lo hacemos porque seguimos creyendo, como Sócrates, que lo bueno se puede enseñar y aprender, que es preferible la educación a la represión, porque quien se comporta cívicamente por convicción no necesita coacción, sabiendo, no obstante, que el término *ingenuo* significa, etimológicamente, nativo, natural de un lugar (*‘nacido-en’*), y como no ha

experimentado el aprendizaje de las malas artes de otros, es incapaz (ingenuo) de ver la posible ‘diferencia’ del que llega ‘de fuera’ (extraño, bárbaro, engañoso), y, en consecuencia, no está preparado para defenderse de la posible violencia o del probable engaño.

Se pudo observar en las *IV Jornadas Filosóficas Paradoxa* que incluso algunos, ponentes partidarios del concepto de ‘relato’, dibujaban una contenida sonrisa al pronunciar la palabra ‘contada’. Sin embargo, los organizadores del evento lo consideramos pertinente, porque, aun conociendo el dicho escolástico ‘*bonum est diffusivum sui*’ (el bien es difusivo de por sí), nos parecía que no se trata de una especie de espontánea función mecánica, sino de una tarea complicada y muy laboriosa. Por eso hay que ‘contarla’ y además hay que hacerlo bien.

No obstante, es fácil constatar que existe una fuerte tradición intelectual a favor del silencio, de la vida interior y del individualismo (filosofía no-dual). Entramos en el mundo del Nirvana y del cartujismo, donde se produce la paradoja de que se constituye una comunidad humana para no hablar, ‘deshumanizando’ al hombre, al ignorar su propiedad más radical: la palabra (‘lógos’).

Por eso hay quien propone otros caminos para la felicidad, entendida casi siempre como liberación de la necesidad, el deseo, la exigencia, el compromiso... Un ejemplo de este intento lo ofrece la filósofa española Consuelo Martín, especialista en *filosofía no-dual* y experta en «*filosofía perenne*». Lo Único no cambia, y el Uno no discute ni disiente. (Cfr. *El Arte de la CONTEMPLACIÓN*. Gaia Ediciones. Madrid, 2007, o *La Libertad y El Amor*. Ediciones Obelisco. Barcelona, 1999).

Entre ambos libros hay más de 400 páginas llenas de afirmaciones, entre sugerentes a veces, inquietantes con frecuencia y difusas casi siempre. Del primero, he tomado, a modo de ejemplo, las siguientes:

«Lo real en mí, lo que en verdad soy, es aquello desconocido para el yo pensado... Cuando me doy cuenta de que no hay sino uno -o mejor expresado, no hay sino 'no-dos'-, al eliminar la dispersión del conocimiento dual, entonces, y no antes, todo fluye en la armonía anterior a la mente pensante». (Pág. 89).

«Pienso, luego no vivo» (15). «Sólo soy lúcido al eliminar el pensamiento » (23). «La plenitud que añoro está fuera del pensamiento racional» (23). «Seremos libres al salir de la esclavitud debida a la inadvertida encerrona del pensar» (26).

¿Qué es comprender? «O se comprende desde la totalidad o no se comprende nada. No puedo comprender un acosa y otra no. ...Es lo mismo que decir que amo a una persona pero a otra la detesto; eso significa que no he descubierto el amor» (págs. 186-87).

Del segundo he seleccionado éstas:

«La conciencia, cuando está inmóvil, es lucidez, pura luz en sí misma...» (pág. 75).

«Todos los nombres y todas las formas materiales y mentales del mundo... están clamando por la unidad... porque todas ellas son lo Uno» (143).

«Ya no hay búsqueda del amor, necesidad de amor, ni cálculo para conseguirlo o para conquistarlo... Surge espontáneo el amor verdadero» (180).

«Pero para comprender la realidad revolucionaria del amor, hemos de estar enamorados, no del amor que tenemos, el que damos o el que nos dan, sino del amor en sí mismo» (217).

«No es bueno seguir sendas trazadas por el pensar de unos y otros... Sólo habrá libertad al descubrir la verdad cada uno por sí mismo, y sólo habrá amor al contemplarla» (68).

«Si creyéramos que hacemos algo valioso barajando conceptos, caeríamos en el mismo error de quien definiera a una persona por las ropas que lleva puestas» (8).

«En libertad, la lucidez que ya somos descubre la verdad siempre una, y esa unidad se expande en amor» (8).

«La unidad es el estado real donde la verdad es» (9).

«El amor sólo brota cuando desaparezca la relación que no es sino separación que lleva al conflicto» (71), ya que «el amor eleva al ser humano... de lo separado a lo uno» (72).

Tengo que reconocer que este lenguaje me impresiona, y me inquietaría si lo tomara en serio. Sin embargo, debo admitir que la autora tiene razón: Yo ‘comprendo’ poco. Admito que es deseable amar y sin embargo ser libre, pero *«nadie puede saber lo que es la libertad, si en el mismo acto de saberlo no es ya libre »* (La libertad... pág. 7), y solamente se puede acceder a esta noción mediante *«la lucidez liberadora»* (ibid. Pág. 7).

Me resulta turbador flotar con ciertas palabras etéreas entre nubes poco densas. Admito que, si uno no se juega nada, puede instalarse en lenguajes difusos, sin ataduras, sin exigencias,

‘libres’, ‘absolutos’. Pero no entiendo cómo se puede jugar a vivir, y a convivir, sin aprender a hacerlo. Sería como estar constantemente inventando un juego totalmente nuevo, sin elementos y sin reglas. En este camino nos topamos quizás con Agustín de Tagaste cuando dice que ‘*Dios es el parón del deseo*’; o con Schopenhauer cuando se queja de «*la rueda infernal del deseo*»; y con Buda; y con Juan de la Cruz...

Yo prefiero, sin embargo, subirme a un alto ‘firme’ (‘*epistème*’) y disfrutar de la panorámica, bajo la convicción de que todo está dispuesto a ser investigado, que espera mi actividad ‘*científica*’, removedora, hurgante, analítica. Porque *ciencia* (scientia) es exactamente eso: Hurgar y remover el objeto de ‘*estudio*’ [‘*steu-*’ (empujar, atraer); ‘*sekei-*’ (cortar, rajar); ‘*secio*’ (separar), ‘*sjitso*’ (rajarse, romper), ‘*scindo*’ (hender)]. Y jugar después a recomponerlo todo para ‘ajustar’ la investigación a nuestros intereses, o a nuestros deseos, recordando que *deseo*, según explica Lyotard, no es otra cosa que ser conscientes de que nuestros gustos, intereses o necesidades sólo pueden ser satisfechos por nuestra cuenta, al comprender que los dioses (esa onerosa metáfora de la ficción humana) nos ‘*ignoran*’ por completo (‘*de-sidera*’, ‘*des-astre*’).

Cómo se puede calcular la felicidad

Calcular es predecir resultados mediante la aplicación de ciertas reglas a un determinado conjunto de datos. Etimológicamente sólo hace referencia a las piedrecillas que se utilizaban desde antiguo para enseñar a contar y a realizar operaciones elementales (sumas, restas, proporciones, etc.). En nuestra Lengua el verbo calcular tiene diversos significados,

desde el lógico-matemático hasta el aproximativo-estimativo. En Ética (dado que en ella se sitúa el método de formulación del concepto de felicidad y de su logro relativo), el cálculo no es puramente matemático y lógico, pero tampoco aleatorio y absurdo; 5×5 no es $= 25$, pero tampoco es $= 0$ o 50 ; se sitúa, más probablemente, entre el 23 y el 27, al tener que contar con las variables derivadas de la libertad humana, y de los diversos grados de apreciación de la misma ‘cosa’ por parte de distintas personas.

Para calcular hace falta saber plantear bien el problema y manejar bien las reglas. En el caso de cada ser humano, conviene diferenciar tres aspectos básicos del mismo: como *individuo*, como *persona* y como *ciudadano*, determinando qué elementos intervienen en cada caso, y cómo se armoniza el conjunto, para no depender en exceso de la suerte.

Un amigo me pasó el siguiente diálogo entre Aleator y Calculator:

- ¡Que tengas suerte!
- Gracias.
- Pero te recuerdo que suele tener más suerte quien sabe calcular.
- Me lo temía.

La palabra ‘suerte’ tiene que ver con la concepción ‘mágica’ del hombre, mientras que el término ‘calcular’ está estrechamente relacionado con la historia ‘racional’ del *homo sapiens sapiens* y la piedra. Es curioso comprobar esa unión

íntima entre los seres humanos y ese elemento tan frío, tan lejano y tan poco acariciable como parece ser la piedra, pero es lo que más a mano tenía. Esta relación refleja cosas tan dispares como la construcción de suntuosos edificios, la fabricación de precisos instrumentos cortantes o el pulido de las joyas más deslumbrantes. Las piedras han servido para atacar a los enemigos, para tender puentes, para protegerse del frío o de los peligros, para ocultar emboscadas, para cimentar calzadas, para nombrar el calcañar y el calzado, para simbolizar resistencia y solidez, o también frialdad y cerrazón, para adornar, etc. Hasta la Iglesia Cristiana quiso que fuera Pedro (pétreo) el primer responsable de su andadura.

Como curiosidad, podemos echar un vistazo a un amplio conjunto de terminología rocosa. De las palabras latinas *petra*, *lapis*, *silex*, *saxum*, *calculus* (diminutivo de *calx-cis*) derivan las españolas calcañar, ficha, tanto, cuenta, pieza de juego, voto, piedrilla, cálculo, calzar (proteger contra las piedras), calcar (calco: pisar, dejar huella), Calcedonia, Calcidia, Calígula ('Botines'), etc. Y del griego 'lýzos', proviene litografía o litiasis.

A lo largo de la historia, no sólo fueron las piedras muy útiles a David contra Goliat, o a D. Pelayo contra los moros, o como obstáculos a los fabricantes de catapultas para superar los recintos amurallados. También sirvieron para frenar las corrientes de los ríos y arroyos y embalsar sus aguas, o para colocarlas de puntos de apoyo y poder cruzarlos saltando de una en otra. Pero, para esto, hace falta pensar (sopesar). Primero saber qué se quiere, luego 'ver' la profundidad relativa, después colocarlas a la distancia adecuada (tamaño pasos transeúnte, agilidad, etc.), a continuación pensar en el tamaño (fuerza

colocador y existencias), quizás pedir ayuda, finalmente ver los variados usos que se le pueden dar (huir, pasar cargado, etc.).

Como se ve, las piedras ofrecen múltiples posibilidades de uso. Pero para sacarles el máximo provecho, hay que saber calcular, es decir, establecer reglas combinatorias de las mismas, que permitan ver lo necesario y predecir resultados (el doble o la mitad, el triple o un tercio, etc.).

La ciencia es el mejor ejemplo de acción calculada. De hecho, calcular es sinónimo de pensar (evaluar, comparar, atribuir, suponer, reflexionar, prever).

Por consiguiente, para calcular hace falta:

- Identificar elementos

- Establecer relaciones entre ellos
- Colocarlos según 'orden'

- Saber lo que se puede hacer

- Prever (predecir) lo que se espera alcanzar

En el caso de la felicidad, los elementos de 'cálculo' son los valores. Los fundamentales serían grandes pedruscos sólo manejables entre muchos (la vida, la salud, la justicia, la libertad, etc.); los secundarios serían los más pequeños o insignificantes que uno puede mover solo, a su antojo e incluso a escondidas (el ejercicio, la lectura, la cocina, la conversación, la escritura, la contemplación, etc.).

En última instancia, se trata de identificar, analizar, relacionar y valorar los datos, estableciendo entre ellos las correspondientes reglas de cálculo para poder predecir con una probabilidad aceptable las consecuencias deseadas. Ejemplo de este proceso pretendo que sea la siguiente

La fórmula de la felicidad

Veamos, por ejemplo, la relación que puede haber entre dos leyes muy diferentes, la de la *Gravitación* de Newton y la de la *Felicidad* de J. Green.

Newton dice: *La fuerza con que se atraen dos cuerpos en el espacio es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de sus distancias* ($F = G \cdot [M \cdot m / d^2]$).

J. Green dice: *El camino hacia la felicidad es directamente proporcional al número de senderos que llevan al disfrute de cada valor humano, e inversamente proporcional a los obstáculos e ignorancia que lo impiden* ($F = A \cdot [S + (DV) / (O + I)]$). (F = felicidad; S = senderos; DV = disfrute valores; O = obstáculos; I = ignorancia; A = ambiente general (circunstancia sociohistórica)).

Ambos parten de la observación de los hechos: Si se suelta una piedra en la vertical de un pie, podrá hacer daño al caer. Porque si se arroja un objeto más pesado (denso) que el medio donde es arrojado, viajará con velocidad relativa hacia ‘abajo’ (centro de gravedad). Por otra parte, como se decía al principio de este artículo, si una persona sabe realizar treinta actividades que le producen diversión, es muy probable que esa persona no se aburra nunca, ya que la posibilidad de que alguien sea divertido está en función de la cantidad y calidad de actividades generadoras de diversión que sepa y quiera practicar.

Ahora podemos discutir acerca del interés de ambos saberes. Si convenimos que los dos son muy útiles para todo el mundo, es decir, si admitimos que es tan interesante evitar golpes o

hacer paredes, como disfrutar de los elementos de diversión, entonces estaremos de acuerdo en que ninguno debe ser excluido de cualquier sistema educativo.

Pero, volviendo a Newton y a Green. ¿Dónde está el mérito de estos señores? En *saber expresar los hechos en leyes tan sencillas* que cualquiera las puede entender. Puesto que la realidad de tales hechos ya la conocían los terrícolas en la Edad de Piedra. Cuando el hombre del Neolítico dejaba un hacha de sílex sobre una roca al anochecer, comprobaba que, al despertarse por la mañana, el objeto seguía allí, si alguien (o algo) no lo había forzado a moverse. También sabía que si dejaba una pluma en el mismo lugar, seguramente habría volado al despertar. Nuestro personaje había experimentado igualmente que cuando soltaba la piedra de la mano podía lastimar su pie al caer. De modo semejante, todo el mundo sabe, desde las mismas fechas, que si alguien se empeña en saltar un arroyo y lo consigue, se divierte; si pretende imitar el piar de un pájaro y lo logra, se alegra; si consigue tener una amena conversación con su amigo, disfruta, y lo mismo le sucede con la lectura de una novela, o con una apasionante partida de ajedrez. Y si sabe, además, realizar otras muchas actividades voluntarias y agradables, entonces la diversión está casi garantizada, con tal que alguien (o algo) no lo impida. Pero si se carece de ellas, la vida es más aburrida y triste.

Por otra parte, parece razonable pensar que puede tener similar importancia para la existencia ‘humana’ saber que una piedra me puede aplastar la cabeza, que conocer formas distintas de diversión.

Sin embargo, al contraponerse la ‘evidencia’ física a la ‘duda’ psicológica, todo el mundo admira a Newton por haber sabido formular la ley de *Gravitación Universal*, y casi nadie valora a J. Green por haber formulado la ley de la *Felicidad General*. Aquella se ‘ve’, en ésta parece que hay que ‘creer’. Falta entonces por explicar el valor ‘práxico’ de la segunda, y proceder después a su aprendizaje. Porque lo mismo que se puede aprender la ley que explica el uso correcto de objetos ‘pesados’, de igual modo se puede aprender la que expresa el método de hacer la vida más ‘feliz’ (más divertida, más agradable, más gratificante, más ilusionante, más justa).

Pero es evidente que para entender las leyes de la Física hay que discurrir, y, de igual manera, para disponer de ‘medios’ para la diversión, también hay que prepararse. Ambas cosas exigen voluntad, convencimiento y decisión (esfuerzo y trabajo). Puede que alguien piense (quizás algún politiquillo o asimilado) que basta con promulgar una ley civil (lo que se puede hacer y lo que no) para que esto se logre. La experiencia, sin embargo, se encarga de demostrar que es necesaria la ‘pedagogía’. Y ni siquiera ésta garantiza el éxito, de momento.

Esta fórmula intenta enseñarnos, por una parte, a eliminar, o reducir al mínimo, los obstáculos que dificultan o impiden el acceso al disfrute de los valores, y, por otra, a cultivar y perfeccionar el método que favorezca y facilite dicho acceso. De este modo se podrá avanzar por el camino *de* la felicidad. No se trata del camino *para* o *hacia* la felicidad, ya que no se trata de algo alejado e independiente de nosotros mismos, sino de algo que nos acompaña, o no, en nuestro *discurrir*, es

decir, en nuestros movimientos, en nuestro andar, en el hecho y en la forma de caminar, en la manera de vivir. La felicidad exige un modo concreto de pasear, por eso es una *propiedad* de esa actividad, por consiguiente es *de*.

La felicidad contada

El 'bien' comunicado y compartido sería la felicidad contada. Se trata de una especie de alegato contra la vida interior. La absoluta autonomía individual no puede generar felicidad, sino paranoia o un cierto autismo resignado y autocomplaciente. Se le atribuye a Séneca la siguiente afirmación: «*Cada vez que fui entre los hombres, volví menos hombre*». Es claro que, al menos el día que escribió eso, estaba dispuesto a ensalzar la soledad, a rechazar el diálogo, a la renuncia del amor (AMMA) y a aceptar el fracaso de la amistad. Quizás todo esto forma parte del casual interés por convertir el silencio y el vacío en arte y sabiduría, ante el escaso éxito de sus contrarios.

¿No quedamos en que el hombre es social por naturaleza? Se trata entonces de saber cómo relacionarnos, de entender cómo respetarnos, de establecer cómo podemos contarnos nuestros planes, nuestros proyectos e ilusiones. Pero ¿qué es 'contar' más que compartir comentarios, escribir-leer, recordar, comunicar? El fundamento de la vida interior es la vida en soledad, el juego del 'solitario' (atractivo quizás para el tramposo), el menosprecio del otro, la infravaloración de la comunicación espontánea. Pero la vida es relación, y la relación es la repetición de la diferencia (Deleuze) que sólo se manifiesta en el exterior de cada ser. Quienes han valorado sobre todo la vida 'interior' han intentado justificar una especie de 'egotismo'

que no pasa de ser un extraño y curioso mecanismo de defensa, debido, seguramente, al fracaso de su ‘trato’ con los demás, con el mundo, con la vida. Pero la auténtica vida interior consiste en disponer del bagaje necesario para disfrutar del mundo, no para apartarse de él; debe enseñar a ‘secularizarse’ (vivir en el ‘tiempo’), no para enclaustrarse, enconventarse o extemporaneizarse (vivir bajo la ‘perspectiva de eternidad’, ‘*sub specie aeternitatis*’, al margen del tiempo). Porque el ser humano se construye en relación ‘personal’ y ‘cívica’ con los demás, en cada momento y lugar de la historia. Los otros nos limitan, es verdad, pero también nos pueden ayudar y ampliar nuestro campo de libertad. No es aceptable la aseveración agustiniana: «*In interiori homine habitat veritas*» (en el hombre interior habita la verdad). No hables con nadie. La verdad está dentro de ti. Y si no te aclaras, recurre a Dios. Por lo que parece, se trata de arreglárselas uno solito. Los demás sólo son motivo de ‘pecado’ y de falsedad. También Teresa de Jesús exclamaba: «El que a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta». Ya decía la antigua Lógica, con no poca agudeza: «*Ex nihilo quodlibet*» (de nada se sigue cualquier cosa). Es curioso. La nada no impone condiciones al discurso (físico y mental). Pero la primera ocurrencia expresa y fijada marca el destino de la Humanidad, ya se trate de dioses o de la propiedad privada. Pro callarse es aislarse y, por tanto, anularse.

Otra cosa distinta es la ‘interioridad’ de las cosas. Decía Saint-Exupéry que «lo esencial no se ve con los ojos». Añado yo que tampoco se puede avanzar hacia el conocimiento de ninguna cosa si antes no se ‘ve’ nada, como afirmaba el principio aristoélico-escolástico: *no se puede entender nada si no ha entrado antes por los sentidos*. Lo mismo sucede con la

belleza y la justicia. La belleza (o la fealdad) es una relación de apreciación de algo por alguien, mediante un criterio. Pero nadie puede apreciar lo que no percibe. Por eso no existe la vida interior ‘pura’ (a no ser que se acepte la ‘pura’ autopercepción y valoración). Y nadie puede hacer justicia si no mira con atención y detenimiento ambos extremos de la ‘balanza’ (conducta y norma o valor). Hay aspectos externos físicos más o menos bellos, según cánones. Y hay también aspectos psíquicos más o menos bellos, según valores. Pero en ambos casos se tienen que manifestar al apreciante . El juez tiene que evitar las discriminaciones caprichosas de las personas a la hora de valorar sus conductas, pero eso no se hace con una venda en los ojos, sino con ellos bien abiertos, a través del conocimiento (ley) y de la información (conducta). Pero contar la felicidad no implica aceptar su mercadeo o someterla a competitividad.

Conclusión

La felicidad ‘va consistiendo’ en ir alcanzando lo agradable, y para lograrlo (en el grado más exitoso) hay que conocerlo bien, y también hay que saber manejar los instrumentos que ayuden a ir obteniendo su disfrute de una forma razonable (que no cueste más de lo que vale, ni se le conceda la importancia que no tiene). Se trata de una forma de caminar y de una manera de mirar en torno a la teoría utópica que se va construyendo con los valores que conforman el conjunto de lo posible deseable. Ya se ha dicho antes que sin consciencia no es posible la felicidad. Guste más o menos, la evolución nos ha ‘regalado’ esta capacidad de darnos cuenta de lo que nos gustaría alcanzar o evitar. Este es el dato. Se trata, por consiguiente, de

potenciarla o de anularla. Sabemos que nos puede pasar algo malo, pero también pensamos que nos puede suceder algo bueno. En muchas ocasiones podemos, además, intervenir para orientar el sentido de las consecuencias de nuestras acciones o de los acontecimientos. Nos puede electrocutar un rayo, pero también podemos tener la esperanza de dirigirlo hacia otra parte con un pararrayos. Es probable que sobrevenga un invierno muy frío, pero es posible prevenirlo preparando una buena chimenea en el tiempo oportuno. Nos puede atacar una enfermedad, pero se puede investigar sobre el antídoto contra ella. La felicidad consiste en darse uno cuenta de que se lo pasa bien en conjunto, y en poder alimentar una cierta perspectiva de continuidad. Se trata de una actividad, no de un estado, porque hay que investigar constantemente qué cosas y qué acciones nos producen los mejores 'placeres', siguiendo siempre el *criterio de totalidad* (toda nuestra probable vida y todas las vidas de aquellos en quienes puedan influir nuestras decisiones). Si fuera verdad, como parece que a veces se defiende, que la rutina, la ignorancia, la 'grosería' moral y la inconsciencia favorecen el hedonismo, entonces todos los científicos, los eticólogos, los literatos, los filósofos, los pintores y los artistas del mundo están locos, o son idiotas o ambas cosas. Sin embargo, no me parece acertado plantear el problema sobre si puede ser más feliz el ignorante que el sabio, sin aclarar previamente qué se entiende por sabiduría y por ignorancia, ya que no es lo mismo saber 'producir' que saber 'decidir'; quien sabe disparar no tiene por qué ser mejor persona que quien no sabe; tampoco un científico es por ello mejor que un administrativo, etc. Porque de valores básicos todos pueden saber lo suficiente para disfrutarlos y para colaborar a que los

demás también lo hagan. Cualquier ignorante académico, puede llegar a tratar su salud tan bien como el mejor médico, si cuenta con la ayuda pertinente y se ajusta a lo que debe hacer.

La felicidad no es un valor, sino el disfrute del conjunto de todos los valores posibles. Tampoco lo es el bien, ya que este sería el conjunto de todos los bienes. Cuando se dice el Bien o la Felicidad, como entidades en sí, se está utilizando un lenguaje mítico-platónico. De todos modos no son lo mismo. El Bien es lo que se busca («*quod omnia appetunt*»); la felicidad es el disfrute de lo que se va consiguiendo, así como la expectativa razonable de poder repetirlo sucesivamente. También es placentera la convicción de saber que vamos por el camino adecuado hacia lo deseado. En la vida se disfruta de dos maneras. Una superando problemas más o menos desagradables, y otra fomentando situaciones gratificantes. Quienes nos ayuden a resolver unos y a construir otras, merecen el el nombre de amigos. Y sin ellos la felicidad no sería imaginable para el común de los humanos. Pero de la amistad conviene decir algo más.

Ana María Matute, después de recibir el premio Cervantes 2010, dijo totalmente convencida: «¡Soy feliz. Enormemente feliz!». ¿Se habrá entendido el mensaje?

